

La filosofía pura no goza hoy de buena salud. Ni en España ni fuera de ella. Los llamados filósofos o son docentes o hacen arqueología o politizan filosóficamente. Las tres son tareas de relieve, incluso para el propio filosofar, pero no lo pueden sustituir. Cuando se enseña filosofía, se investiga históricamente sobre ella o se la pone al servicio del momento socio-político, pero se hace todo esto porque no se puede filosofar, no es honesto olvidarse de los que hoy filosofan y, menos aún, combatirlos porque filosofan. Filosofar significa aquí construir filosofía, producir filosofía. Y no olvidemos que siempre que hay producción filosófica, hay filosofía actual.

Este es el caso de Zubiri. A sus setenta y ocho años, recién cumplidos, sigue empeñado en producir filosofía. Tarea difícil, penosa -como él dice-, pero imprescindible. La filosofía nunca se acaba, nunca acaba de estar hecha; hay que estar haciéndola permanentemente. Es constante novedad incluso dentro de la propia biografía del filósofo. Zubiri podría haberse dedicado a publicar corregidas los miles de páginas que ha ido hablando y escribiendo a lo largo de su vida; hoy tendríamos con ellas diez o quince libros, que probablemente hubieran sacado de su letargo a la filosofía oficial de los años franquistas. No lo hizo. Y no lo hizo porque le pareció y le sigue pareciendo que aquellos cursos no estaban a punto, que había que trabajar mucho más los temas. Sacó sí un libro fundamental en 1962, pero el libro estaba hecho de nueva planta.

Su producción sobre los temas más radicales de la filosofía sigue adelante. Y sigue también adelante el influjo de su pensamiento, a pesar de que todavía no se lo conoce en su totalidad. Tesis doctorales, decenas de artículos, libros sobre él siguen apareciendo en Europa y en América. Aquí en España el "Seminario Xavier Zubiri", acaba de sacar el segundo número de su anuario Realitas (por favor, pronúnciese Reálitas), esto es, realidad, que resume en una palabra la gran obsesión filosófica de Zubiri (1).

En este número se recoge, ante todo, un trabajo de Zubiri sobre el tiempo. No es más que el primer capítulo de un libro dedicado a esa compleja y huidiza realidad: el concepto descriptivo del tiempo, al que deben seguir el concepto estructural y el concepto modal. Quien lea estas páginas, como las dedicadas en los últimos años al cuerpo humano, a la inteligencia, al espacio, a la historia, al problema teo-

(1) Realitas II (1974-1975), Sociedad de Estudios y Publicaciones, Editorial Labor, Madrid, 1976, 573 p.

logal del hombre, se dará cuenta de la actualidad, del rigor, de la potencia filosófica creadora y de la novedad de su pensamiento. Todos estos trabajos son anticipo de una obra más radical y sistemática, que no tardará mucho en ir apareciendo. Pero ya en este trabajo sobre el tiempo se aprecia cómo Zubiri filosofa sin dejar nunca de lado, lo que la más apremiante actualidad científica trae entre manos, pero no para quedarse en ello sino para situarse en el estatuto del filósofo: la realidad estructural y dinámica en tanto que realidad.

Ofrece también Realitas II un gran esfuerzo del profesor suizo Hans Widmer (quien dedica también un trabajo a la comparación entre las actitudes filosóficas ante la situación intelectual de Habermas y Zubiri) para poner al día la bibliografía zubiriana. Instrumento indispensable tanto para darse cuenta de la importancia del movimiento zubiriano como para comportarse responsablemente en su investigación y crítica.

Hay luego una serie de artículos, cuyo denominador común podría verse en mostrar la especial "criticidad" del pensamiento de Zubiri. Monserrat estudia el realismo zubiriano en el conjunto de una teoría crítico-fundamental de la ciencia; María Rianza y López Quintás, cada uno a su modo, muestran la importancia de la "experiencia" en el pensamiento de Zubiri. Diego Gracia plantea además el problema del materialismo "gnoseológico" de Zubiri frente a toda forma de "idealismo". Ellacuría analiza el carácter crítico de la antropología zubiriana y expone el esquema general de esa antropología y sus contenidos fundamentales.

Finalmente Baciero discute metafísicamente el concepto radical del "de suyo", mientras que Fernández Casado pone originalmente al servicio del tema "naturalidad y artificio en la obra del ingeniero" ideas filosóficas de Zubiri.

Todos estos trabajos son indispensables para irse acercando al pensamiento zubiriano y muestran, además, el comienzo de la efectividad de ese pensamiento en una nueva etapa, después de la etapa de los años cincuenta, en que varias de las principales figuras de nuestra cultura se vieron iluminadas y potenciadas por su magisterio oral.

Quienes critican el pensamiento de Zubiri sin conocerlo y sin capacidad de contraponerle uno propio, harían bien en sobrepasar tópicos sociologizantes para penetrar en lo que tiene de rigor, de novedad y de potencialidad crítica y creadora, incluso para temas sociológicos. Zubiri, como cualquier otro filósofo creativo, no está conforme con ninguna de las filosofías pasadas; tampoco con la suya. Pocos menos conservadores que él; pocos tan críticos como él. Pero su crítica se basa en que ve la realidad de otra forma y es capaz de pensarla, de conceptualizarla. Es crítico porque es creativo y la crítica le lleva a la creación filosófica.

La filosofía puede y debe ser criticada por sus insuficiencias sociales, por su carácter de "ideología"; pero, ante todo, debe ser criticada por sus insuficiencias filosóficas. Las insuficiencias sociales las deben estudiar, en primer lugar, los sociólogos; las filosóficas, los filósofos. Y uno se teme que sean pseudo-filósofos los que están haciendo la crítica pseudo-social del pensamiento de Zubiri. Esperemos que tras la etapa, a veces muy necesaria y fructuosa, de la sofisticada, venga la etapa de la construcción filosófica, que responda a la altura de nuestro tiempo. Y es difícil negar que los trabajos actuales de Zubiri son construcción filosófica a la altura de nuestro tiempo. Una altura que no está dada tanto por la apreciación subjetiva del momento socio-político como por la realidad objetiva del discurso científico. Ahora que podemos, no dejemos que se grite el "que filosofen ellos".

Ignacio Ellacuría